

Brunei era muy astuto. No era fácil vivir de su oficio. Uno como cualquier otro, pero no exento de riesgos y con demasiada competencia. Aunque ¿acaso existía algo sin riesgo? Como ya se ha dicho, el ser humano había alcanzado una esperanza de vida muy alta, sin embargo, si nos atenemos a la mortandad provocada de forma violenta e impetuosa por la propia naturaleza y sobre todo por el propio ser humano, y si además incluimos también a los suicidios, el caso era que cumplir años resultaba complicado.

En cuanto a la competencia, sí, la había en demasía, tal como pensaba Brunei, pero ¿en qué trabajo profesional no la había? Ahora bien, en este, desde luego, la competencia no solo era desleal sino también peligrosa. Te podían matar por quitarte la presa para entregársela al pagador. Estaba claro que había que vivir con los ojos bien abiertos. En todo momento.

Brunei, en el fondo, era un mero profesional que obtenía unos emolumentos en razón al éxito de su trabajo. Para empezar, solo atendía las ofertas de aquellos con garantía de cobro. Dentro de ellas, las había que pagaban lo mismo si la presa era cazada viva o muerta (usábase también este término cuando se trataba de la destrucción definitiva de un humanoide), pero en otras, en cambio, podía haber diferencias. Era el caso de Alba. Diez mil de los grandes si era atrapada y entregada viva al oferente; cinco mil, o sea la mitad, si era entregada muerta. El pagador del presente requerimiento era el señor Leron, el líder de los Dragones Blancos. De hecho, este era uno de sus principales clientes. Pagaba bien y rápido. Además, con él tenía una doble opción. Hacer el trabajo por su cuenta y riesgo o hacerlo asistido de ejecutores de la banda de los Dragones Blancos.

Para casos difíciles, ahora había oído hablar que estos habían contratado al famoso y temido grupo del Inspector y sus hombres. Pero, con dichas asistencias, el precio quedaba reducido a un porcentaje inferior al cincuenta por ciento, dependiendo del grado de colaboración. Así que, en principio, planeó hacerlo solo, por su cuenta y riesgo. En el fondo era uno de los casos más sencillos, una señorita, humana o humanoide —le daba igual—, aunque el anuncio avisara de su peligrosidad y avezada capacidad con las armas.

Cuando se trataba de hacerlo solo, quería decir con la ayuda de Marcos, su asistente. A pesar de una primera impresión sobre Marcos, las apariencias engañaban y es que, aun siendo enano, su cuerpo era de tal robustez que su capa cutánea se hallaba recubierta de una fibra química metálica compuesta por el número atómico 26, esto es, de hierro, producto de una alimentación específica con el fin de recomponer su malformación tras el parto. Era como si portara, de forma natural, una verdadera armadura que lo hacía inexpugnable, salvo en la cabeza, su único punto vulnerable. Era un hombre curioso, también por la historia que contaba, pues decía que provenía de un ilustre abolengo, emparentado con reyes y emperadores, incluso la malformación la atribuía a la endogamia genética entre sus antepasados; además añadía, asimismo, que un rebelde ascendiente suyo tras ser asesinado se había reencarnado en un espíritu errante, tan pronto reconvertido en mariposa como en un acérrimo demonio, del cual procedía su línea. Marcos, como decimos, a pesar de su enanismo, tenía una fortaleza singular y su formación y disciplina le habían hecho alcanzar un alto grado como quinto dan en artes marciales; amén de la gran destreza que había adquirido con las armas. Sin embargo, incapaz de planificar o decidir por sí

mismo, necesitaba que alguien lo hiciese por él, por lo que se sentía más seguro junto a Brunei.

En cuanto a su aspecto, Marcos mantenía una gran mata de pelo negro muy rizado que él mismo se ahuecaba con buena técnica con el fin de que le hiciera parecer más alto (aparte del uso de calzado con gran plataforma). Solo tenía un único ojo válido, más grande y desarrollado de lo que podría considerarse normal, el párpado del otro se hallaba permanentemente cerrado. Destacaban también en su fisonomía: un bigote y perilla negruzcos y tres aretes; dos de ellos atravesando el lóbulo de sus orejas y otro en el extremo del cartílago de la nariz. Además, resaltaba sus labios pintándolos de negro azabache.

Brunei siempre contaba con Marcos, su fiel escudero, para su trabajo. Desde hacía años vagaban inseparables buscando gentes perseguidas por quienes estaban dispuestos a pagar interesantes sumas por sus cabezas. Y no les iba mal. Al menos sobrevivían. Al menos hasta el momento.